

***Crimen y castigo*, novela de F. M. Dostoievski¹**

Nicolái D. Ajsharúmov

En las creaciones del pensamiento poético no todo es heredado. Entre los hijos legítimos e ilegítimos de los padres literarios se encuentran ejemplos de singular originalidad. A primera vista, y antes de que podamos hacer una valoración consciente de ellos, nos parecen algo raros. El gusto habitual no encuentra impresiones conocidas, los hilos conductores están cortados, todas las expectativas se ven desbaratadas. Algo extraño, desconocido surge a cada paso y nos mira con poca afabilidad. Inquietos, miramos alrededor, buscamos en vano algo que nos ayude a orientarnos, a saber a ciencia cierta dónde estamos, por dónde hemos entrado y adónde nos llaman... La primera impresión que produce la novela del señor Dostoievski es precisamente esa, y no podemos decir que sea una impresión agradable. Se asemeja más bien a lo que sentimos cuando tenemos una terrible y penosa pesadilla... Vemos calles mugrientas y canales con agua podrida... A lo largo de esas calles, sobre las orillas de esos canales, se apiñan casas no menos repugnantes. No parecen viviendas, sino unos cúmulos que reúnen toda suerte de podredumbre moral y física; y en esos cúmulos pulula toda clase de canallas...

Un verano tórrido, un calor sofocante, insoportable; en el aire, ni una pizca de frescura... Deambulamos sin saber por qué, ora hacia un lado, ora hacia otro; hemos caído en un círculo sin salida, en el laberinto de los rincones perdidos de la vida, de patios mugrientos, de pasillos oscuros y sinuosos, de escaleras apestosas... Nos topamos con figuras deformes que nos miran con hosquedad, nos espían desde puertas y ventanas entreabiertas, de detrás de los rincones... La miseria y la depravación, el vicio, el crimen y la desesperación están escritos en sus rostros... Nos falta el aire, nos sentimos abrumados; pareciera que una piedra nos oprime el pecho; unas sospechas y unos presentimientos indefinidos se apoderan de nuestra alma, nos agobian y nos asustan. Buscamos detenernos en algo, mirar atentamente algún punto, alcanzar cierta comprensión: ¿adónde hemos venido a parar, qué nos rodea?... Y he aquí que, poco a poco, una de las figuras que ya ha pasado varias veces por delante de nosotros cautiva

¹ Publicado en la revista *La labor universal* [«Всемирный труд»], núm. 3 (1867).

nuestra atención. Esa figura no está deambulando porque sí; su alma encierra un propósito; aún no entendemos con claridad cuál, pero, intuitivamente, ya adivinamos que ese propósito es terrible. Desde ese momento, la primera impresión, que sigue siendo básicamente la misma, comienza a acrecentarse. A cada página se adueña más enteramente de nosotros, nos oprime, nos arrastra hacia delante sin pausa, sin tregua, con una fuerza tan irresistible que pronto excede los límites de una mera pesadilla. Lo que hasta entonces parecía un sueño abandona poco a poco la oscura dimensión onírica; empezamos a divisar relaciones, vínculos y secuencias; los contornos adquieren relieve, los rasgos emergen con asombrosa claridad, ora aquí, ora allí; cada vez se acerca más a nosotros ese rostro desagradable, repugnante, esa figura que suscitaba y concitaba nuestra atención; sus facciones se vuelven más visibles, más distintas. ¡El horror se apodera de nosotros, nuestro corazón palpita, los pelos se nos ponen de punta!... ¿No será una fantasía?, nos preguntamos sin querer, tratando de protegernos de esa fuerza hostil que se cierne sobre nosotros; pero lo que sale a nuestro encuentro y nos mira fijo a los ojos se parece tan poco a una fantasía que no podemos detenernos en esa pregunta. Seguimos rápidamente de largo; nos llaman de alguna parte, nos atraen hacia allí contra nuestra voluntad, nos obligan a mirar lo que no deseábamos ver, a participar con nuestra alma en aquello que nos resulta odioso. Escudriñamos las tinieblas, donde, apenas perceptiblemente, refulge para nosotros ese algo, y de pronto una luz poderosa nos ilumina todo el lugar... Hemos llegado finalmente a un punto más allá del cual es imposible seguir: bajo nuestros pies se abre un abismo... Sobre su borde se halla el hombre que nos llamaba y atraía. Pugna por mantenerse de pie y se aferra de nuestra mano, pero sus pies resbalan en sangre... Y junto con sus pies resbalan también los nuestros... Nos hemos fundido con él, no podemos separarnos, a pesar de que nos dé asco... No hemos hecho lo que ha hecho él, y no queríamos que lo hiciera, pero hemos sido testigos de todo y no hemos podido contenerlo: ahora somos sus cómplices; nuestra cabeza da vueltas como la de él; tropezamos y resbalamos junto con él, y junto con él también sentimos sobre nosotros la irresistible atracción del abismo. Un instante más y... pero ese instante ha sido aplazado. Transcurre un mes, luego otro; la impresión ya se ha enfriado y nos acordamos de ella con desconfianza, con cierta vergüenza involuntaria por haber cedido a ella de un modo tan pueril; nos juramos que la próxima vez no sucumbiremos. Pero esa próxima vez llega, aquí está... ¿y qué?... Apenas abrimos el libro y ya desde la primera página, desde los primeros renglones, todo lo anterior renace de

súbito en nosotros. Es como si se reanudara un ataque de una penosa enfermedad. En un instante nos volvemos a encontrar en el mismo punto y otra vez estamos en manos de aquella fuerza hostil, otra vez encerrados en aquel círculo vicioso. Creíamos habernos olvidado de muchas cosas, pero resulta que no es así; todo está ahí, ante nosotros; no hemos olvidado ni una pizca; hasta cuesta imaginarse que hubo una pausa; es como si no hubiéramos soltado el libro de nuestras manos. Cuántas veces se ha repetido ello, no lo recordamos; solo recordamos esa impresión vívida, íntegra, indivisible, y también que, al cabo de varios intentos, habíamos logrado al fin sobreponernos a Raskólnikov y separarnos de él lo suficiente como para darnos clara cuenta de quién es y qué le ocurre... Esto último es lo que intentaremos transmitir al lector que ha logrado por fin librarse junto con nosotros de esa terrible pesadilla. Si el lector nunca ha estado al borde de un abismo, que sepa que este no es una mera fantasía, sino algo realmente existente y en absoluto tan lejano como, acaso, pensamos. Mientras somos jóvenes y aún no sabemos qué es la vida, o mientras los azares de nuestra posición en ella no nos han desvelado su lado sombrío, este último no tiene para nosotros casi ningún sentido real. Sabemos qué son cosas tales como la miseria y la quiebra, el tifus, el cólera, el cáncer y la locura; pero, mientras en nuestro lado de la calle brilla el sol, mientras respiramos con facilidad, mientras no tenemos el corazón oprimido y la cabeza ofuscada, se nos figura que todo eso no es para nosotros, sino para otro ajeno y desconocido, y que algo impenetrable nos separa y salvaguarda de ello... ¿Qué es ese algo? Aquello que, cual valla, nos ha separado de todas esas calamidades, ¿reside en nosotros o se trata de una azarosa combinación de circunstancias que [no] están bajo nuestro control? ¿Qué necesidad hay de quebrarse la cabeza con esa pregunta superflua? Mientras sepamos de esas cosas solo de oídas, ellas no son reales para nosotros, porque lo que sabemos de oídas, habitualmente, se halla lejos de la realidad o, mejor dicho, es un instrumento óptico a través del cual vemos el mal desde una distancia segura. ¿Lo contemplaríamos con tanta serenidad si supiéramos que todas nuestras pólizas de seguro no valen un céntimo y que mañana, hoy, esta noche o al amanecer, en cualquier momento de nuestra vida puede llegarnos, y que fuera de nosotros no hay —y a menudo tampoco dentro— ninguna garantía, ninguna barrera que nos proteja? Que cada cual lo resuelva por su cuenta... En ese estrecho balcón de un tercer piso ustedes han estado con frecuencia, pero ahora le han quitado la baranda. Salgan y miren hacia abajo... ¿Para qué quieren la baranda? ¿Acaso no han estado muchas veces allí sin apoyarse en ella?...

En la vida hay miles de situaciones muy similares a ese balcón, y son pocos los que no han estado en ellas; toda la diferencia estriba en que, para algunos de nosotros, existe la baranda, y para otros, no. Esos otros son los en ocasiones caen... ¿Qué tiene de extraño? A veces uno no presta atención y tropieza; a veces uno ve y pugna por mantenerse de pie, aunque la cabeza le da vueltas... Esta última circunstancia, como se sabe, constituye un hecho psicológico sumamente curioso. Se habla de la fuerza de atracción de un abismo, pero eso no es sino una figura retórica; en rigor, la atracción solo actúa en dirección vertical desde el centro de gravedad; por tanto, mientras el centro de gravedad de uno no cambie de posición, esa fuerza no solo no actúa, sino que incluso impide la caída. En el caso que nos concierne existe una causa, por supuesto, solo que es de un orden totalmente diferente. La causa es que muchas personas no creen en sí mismas, y con mucho fundamento. Es imposible meditar cada paso y cada movimiento. La capacidad de permanecer de pie y no caer, de moverse y girar es un asunto completamente inconsciente, un asunto de mero hábito instintivo, y dicho hábito suele estar desarrollado en nosotros tanto como las circunstancias habituales de la vida lo exigen. Estamos acostumbrados a medir nuestros movimientos en función de los peligros que nos rodean a diario y acaso algo más, pero no mucho. A lo mejor sabemos nadar o cabalgar bien; cruzamos con tranquilidad una calle por la que corren a toda velocidad hileras de coches. Pero no somos techadores ni montañeses. Rara vez hemos tenido ocasión de estar en lugares altos con bruscos despeñaderos o con una pared vertical sin baranda, por eso no podemos confiar en que la fuerza de la costumbre nos prevenga de algún movimiento torpe.

Todo esto son verdades muy sencillas y es fácil aplicarlas a hechos de otra índole. Para un hombre de cierto círculo y educación, con ciertos hábitos, aspiraciones y demás, puede que no haya mal más terrible que la miseria (entendiendo por esta, por supuesto, no el pordioseo, sino solo el grado más bajo de pobreza). ¿Por qué precisamente la miseria? ¿Por qué para algunos esta es más terrible que la enfermedad y la muerte?... El hambre, la suciedad, la dependencia, desde luego, son grandes desgracias; pero, si bien son muy posibles para un pobre, no están necesariamente ligadas con la miseria. Un pobre puede esforzarse y saciar su hambre; puede trabajar al aire libre y estar sano; la suciedad es fácil de evitar para quien no la soporta. El agua, un cepillo y un jabón no cuestan caro. La dependencia es penosa, desde luego, pero hay que ser una persona muy acomodada

para ser verdaderamente independiente. Cientos de miles de personas no tienen decididamente más que sus manos para trabajar, y, sin embargo, no se puede afirmar que todas ellas sean desgraciadas. La mayoría, si bien no está del todo contenta con su situación, no está más abrumada por ella que muchas personas pudientes. Están acostumbradas a los peligros que las rodean, a luchar con ellos, y eso les da una firmeza, una confianza y una serenidad que las personas criadas detrás de las barandas no podrían tener en su situación. La conciencia de esa carencia es precisamente la causa principal, común a estas últimas personas, que hace de la pobreza, a sus ojos, la más terrible de las desgracias. No pueden imaginarse a sí mismas sobre esa estrecha plataforma en las alturas, sin baranda, sin imaginar a la vez el más horroroso de todos los tormentos morales. Eso en primer lugar. Después aparece el amor propio. En las personas moralmente poco desarrolladas, este se expresa de un modo burdo y sencillo: como desprecio al pobre, al trabajo para ganarse el pan, a la dependencia respecto de todos con quienes se trata, y como miedo a estar en un mismo nivel con aquello que para ellas es despreciable. Ahí no hay análisis; esa clase de personas no puede pensarse por fuera de su posición, y perder esta, a sus ojos, significa sencillamente morir. El desarrollo y la costumbre de analizar llevan al hombre más lejos. Le hacen comprender que la dignidad del hombre es una cosa y las azarosas circunstancias de su posición, otra muy distinta. Tal persona no desprecia al pobre por su pobreza; pero eso aún no le impide despreciarlo doblemente por su rusticidad e ignorancia. No se considera superior a él porque esté en una posición acomodada, pero lleva el balance a otro terreno y valora en sí misma, de un modo desproporcionadamente elevado, aquello que, por supuesto, posee y le resulta más afín: la mente desarrollada, el gusto refinado y una mirada amplia sobre las cosas. Para tales personas, la pobreza no equivale solo a la muerte, sino a algo aún más amargo y espantoso: la muerte moral. Comprenden muy bien que su superioridad no vale nada si alguna vez caen en una esfera tal en la que no hay tiempo para almacenar su querida mercancía en la despensa y aguardar a que se la compren al por mayor, en la que no hay ninguna dilación, en la que el esfuerzo de la mañana es comido íntegramente por la tarde, bajo el temor a morir de hambre. Además, el sentimiento de inminente peligro es un mal compañero para el trabajo intelectual... ¿Y después?... Después toda mercancía que no se vende ve caer rápidamente su precio, y una tienda al por menor vale más que una rica despensa... ¿Qué hacer?... ¿Ser aprendiz de algún artesano alemán o atender el mostrador y vender arenques podridos y pepinos mohosos y esperar a que el propio cerebro también

se enmohezca y avinagre hasta que uno mismo embrutezca y se convierta en una bestia semejante a todos esos rústicos y groseros?... De todas formas, serás inferior a ellos, puesto que ellos, a pesar de su rusticidad, no sucumbirán, mientras que tú sí lo harás. Ellos sabrán dominarse, conservar la sangre fría y salir de ese nauseabundo pantano, mientras que tú no lo lograrás y serás succionado por él. Y ahí aparece en uno la furtiva conciencia, agravante para la elevada opinión que uno tiene de sí mismo, de que esos rústicos y groseros tienen ciertas dignidades morales de las que uno carece: entereza, valentía, ingenio, firmeza; que ellos son luchadores, mientras que tú eres un flojo y un cobarde.

En ese punto del análisis fue donde Raskólnikov abandonó el camino general de sus semejantes y tomó su camino particular; por eso también nosotros dejaremos el aspecto general de la cuestión y lo seguiremos. El momento en que lo sorprende el comienzo de la narración es algo posterior a ese giro. El narrador lo presenta ya luego de que ha resuelto una cuestión cuyo planteamiento y modo de resolución encontraremos más adelante; sin embargo, a nosotros eso nos da igual, ya que, en cualquier caso, deberíamos comenzar por el mismo punto. El hombre es aún muy joven; no ha finalizado sus estudios universitarios, pero ya ha alcanzado un desarrollo que no se corresponde con su edad. Ya hace mucho que ha logrado comprender su situación y persuadirse de que no puede seguir por el camino que ha tomado. Esa imposibilidad, sin duda, no reside solo en su pobreza. Hay personas flexibles que saben encorvarse cuando es necesario y colarse por una rendija tan estrecha que los demás ni siquiera advierten. Raskólnikov, evidentemente, no es una de ellas. Carece de maña e ingenio, y, por otra parte, cuenta con una altivez que no le permite encorvarse. Un hombre así, por supuesto, debe sentir con redoblada intensidad todos los tormentos morales de la pobreza; pero esa conciencia agravada que acabamos de mencionar, la conciencia de que cualquier jornalero, si estuviera en su situación, encontraría en sí mismo más coraje y más fuerzas para salir del pantano que amenaza con succionarlo, esa conciencia, en un hombre con una desenfadada arrogancia, ha adquirido, naturalmente, un aspecto algo cambiado. El camino en el que encontró el obstáculo de una extrema pobreza debía volverse a sus ojos doblemente tentador, y el objetivo al que conducía, mucho más elevado de lo que seguramente le habría parecido si no fuera porque el azar lo había convertido para él en un fruto prohibido y le había conferido un seductor encanto. Un hombre como él, con una mirada amplia sobre las cosas, con su inteligencia y voluntad, ¿qué no podría conseguir

si no existiera ese torpe y humillante obstáculo? El solo hecho de que no podía eludirlo del modo corriente, ¿no debía mostrarle a las claras que él no se parecía a los demás y que no podía medirse según los parámetros corrientes? En lugar de compararse con un simple jornalero, reconocer avergonzado que este era en muchos aspectos esencialmente humano superior y mejor que él e imponerle a su amor propio la tarea de subsanar cuanto antes ese defecto, Raskólnikov prefirió simplemente separarse de la multitud y tomarse por un individuo de otra índole, por uno de esos seres superiores que no se ven obligados a seguir el camino corriente. El proceso que lo llevó a esa conclusión fue un proceso de ilusiones puramente personales. Su altiva aversión hacia el camino corriente la tomaba por incapacidad de seguir ese camino, y esa incapacidad, a sus ojos, era la clara demostración de que era capaz de algo distinto, mejor. Para justificar esas ilusiones debía, por supuesto, fundamentarlas con concepciones generales que ya habían adquirido el estatuto de autoridad, concepciones que, desde luego, no habían sido elaboradas por él, pero que le venían al dedo; la más importante de ellas, claro está, era la negación del orden natural. Le venía naturalmente al dedo en su situación, ya que él, al no encontrar sitio en ese orden, no se mostraba demasiado propenso, desde luego, a respetarlo. Pero expongamos sus puntos de vista a este respecto con sus propias palabras:

La gente, por una ley de la naturaleza, se reparte *generalmente* en dos categorías: en una inferior (la gente común), vale decir, por así expresarlo, material, que sirve únicamente para engendrar seres semejantes a sí misma, y en personas propiamente dichas, vale decir los que tienen el don o el talento de decir en su medio *una palabra nueva*. Aquí las subdivisiones, se entiende, son infinitas, pero los rasgos que distinguen ambas categorías son bastante abruptos: la primera categoría, o sea la material, hablando en general, son personas por naturaleza conservadoras, ceremoniosas, viven en sumisión y les gusta ser sumisas. Para mí, están obligadas a serlo, porque ese es su designio, y en eso decididamente no hay para ellas nada de humillante. La segunda categoría, todas transgreden la ley, son subversivas o propensas a ello, a juzgar por sus capacidades. Los crímenes de esta gente, se entiende, son relativos y diversos; en su mayor parte exigen, en muy disímiles manifestaciones, la destrucción de lo presente en nombre de lo mejor. [...] La primera categoría es siempre dueña del presente, la segunda dueña del futuro. Los primeros cuidan el mundo y lo acrecientan un tanto numéricamente, los segundos mueven el mundo y lo conducen a un objetivo. Y tanto unos como otros tienen absolutamente el mismo derecho de existir.

En una palabra, en mi artículo todos tienen un derecho equivalente y, *vive la guerre éternelle!*,² ¡hasta la Nueva Jerusalén, se comprende!³

Por este pasaje ya vemos con claridad que Raskólnikov ha dado un salto. De su incapacidad de ser un simple jornalero pasó de golpe a la capacidad de mover el mundo y conducirlo a un mejor objetivo; la distancia es asombrosa, y podríamos medirla aún mejor si supiéramos a ciencia cierta cuál es ese objetivo... ¿No es la *Nueva Jerusalén* de la que habla al final? Pero es evidente que ni él mismo se da acabada cuenta de ello o, mejor dicho, que incurre en una contradicción. Respecto de qué entiende en rigor por *Nueva Jerusalén* no caben dudas. Se trata del nuevo orden vital al que propenden todas las aspiraciones de los socialistas, orden en el que la *felicidad común* puede realizarse, y Raskólnikov está dispuesto a creer en la posibilidad de ese orden; por lo menos, no niega su posibilidad. Ahora bien, dado que su punto de partida era su discordancia puramente personal con la vida, toda la ulterior parte de su aspiración conserva ese carácter personal. La posibilidad de la *felicidad común* está muy lejos para él... «No, a mí la vida me fue dada una sola vez y nunca más habrá otra: no quiero esperar ‘la felicidad común’. Quiero vivir yo mismo, si no mejor no vivir».⁴ He aquí la clave para comprender el estado de ánimo con el que lo encontramos poco antes de que dé su fatídico paso. Por supuesto, eso todavía es insuficiente para explicar todo; no es más que un mero análisis que, por sí mismo, bien podría no tener consecuencia alguna; pero, en la cabeza de un hombre con un carácter tan temerario, ya significa mucho. Un hombre como él no podía detenerse en ello; debía sin falta ir más allá, mucho más allá, tan lejos que, a lo mejor, no habría encontrado en sí mismo fuerzas para seguir si hubiera previsto el desenlace, porque él no era fuerte, no era siquiera muy valiente, sino solo audaz y expeditivo, y además torpe, de modo que el camino directo desde el análisis hasta la conclusión y desde la conclusión hasta el acto estaba para él más bien determinado por su incapacidad de escabullirse que por la libre elección de una fuerza que se sabe suficiente. Miles se hallaban en su situación, y muchos de ellos, acaso, pensaban lo mismo que él; pero en muy pocas la combinación de su modo de pensar con la común y mórbida disposición de ánimo podía engendrar tales consecuencias...

² ‘¡Viva la guerra eterna!’ (fr.).

³ F. Dostoievski: *Crimen y castigo*. Traducción de Omar Lobos. Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2004, págs. 319-320.

⁴ *Ibid.*, pág. 337.

En su infancia, Raskólnikov había sido un niño bueno y tierno de nervios débiles y corazón muy sensible. No podía ver el sufrimiento ajeno. Esa impresionabilidad lo acompañó también de grande, y era ella la causa de que, cuando era él quien debía sufrir, evitara cuidadosamente toda dura colisión con la vida y se refugiara temerosamente en sí mismo. Por eso en la universidad casi no tenía amigos, rehuía a todos, no visitaba a nadie y le era penoso recibir visitas. Era muy pobre y, diríase, altivamente orgulloso y huraño, como si ocultara algo de su persona... No participaba en las reuniones generales, ni en las conversaciones, ni en las diversiones ni en nada... Desde luego, los demás no tardaron en volverle la espalda. Al principio estudiaba con ahínco, sin compadecerse de sí mismo; vivía de clases particulares y de lo que su pobre madre le enviaba desde la provincia; pero todo eso era una suma insignificante. La propia madre recibía tan solo 120 rublos de pensión, y por las clases le pagaban cincuenta kopeks, que apenas le alcanzaban para comprar zapatos. Otro, por supuesto, se las habría arreglado aun con eso; entre sus compañeros había quienes podían soportar esa situación; pero Raskólnikov no podía. Carecía de ingenio y de habilidad y era orgulloso. A los dos o tres años perdió por completo el ánimo, dejó de asistir a la universidad, abandonó las clases particulares, se apartó resueltamente de todo y se encerró en el barrio más repugnante de la ciudad, a cinco pasos de la plaza Sennáia, en un cuartucho asfixiante, bajo el mismo tejado de un edificio de cuatro pisos... Entraba por la escalera de servicio, por delante de la cocina de la dueña, a la que debía una suma impagable. En el cuarto había polvo, bochorno, una mesa con libros y cuadernos que hacía mucho que nadie tocaba, un sofá hecho jirones en el que solía dormir tal como estaba, sin desvestirse, sin sábanas, cubriéndose solo con su viejo y raído abrigo de estudiante, y con una pequeña almohada en la cabecera, bajo la cual ponía toda la ropa interior que tenía, limpia o sucia, para que quedara más alta; y sobre todo ello el techo, bajo el cual apenas era posible mantenerse de pie sin tocarlo con la cabeza... Cuatro meses antes había recibido de la madre 15 rublos; después había empeñado alguna chuchería, pero todo ello, desde luego, estaba lejos de alcanzarle. La dueña del cuartucho ya hacía dos semanas que había dejado de darle comida. Nastasia, la única sirvienta de la dueña, que estaba obligada a servirlo, había dejado de ordenar y barrer el cuartucho, y solo una vez a la semana, sin mayor esmero, pasaba involuntariamente la escoba. En su vestimenta, al igual que en todo lo demás, Raskólnikov se había degradado al extremo. Iba tan mal vestido que cualquier otra persona se habría avergonzado de salir a la calle con esos harapos; pero las calles que

rodeaban su edificio no eran mejores. La cercanía de la plaza Sennáia, la multitud de tabernas, la borrachera y el tumulto, el bochorno, el hedor: todo eso armonizaba con el ambiente más inmediato a él y cerraba ese círculo sin salida en el que encontramos a Raskólnikov. Ya hacía mucho que se consumía en ese círculo, y finalmente su enfermiza disposición de ánimo había llegado al paroxismo. Una profundísima aversión a todo, un odio a la vida y a las personas bloqueaban todas las salidas. De sus asuntos inmediatos ya había dejado por completo de ocuparse; pasaba hambre días enteros, deambulaba por las calles sin reparar en el camino y en los transeúntes. Solía regresar a casa, por ejemplo, y no recordar en absoluto el camino que había tomado, y ya se había acostumbrado a caminar de ese modo. Un sentimiento de enfermiza y pusilánime hostilidad bullía en él ante el menor contacto con personas ajenas y desconocidas. Había roto todo vínculo con quienes lo rodeaban, se había apartado definitivamente de todo, había huido de todos como una tortuga en su caparazón, e incluso el rostro de la sirvienta, que a veces se asomaba en su cuartucho, suscitaba en él rabia y convulsiones. Eso sucede, según la observación del autor, con muchos monomaniacos, demasiado reconcentrados en algo... Y es cierto. Esa separación de todo lo exterior obliga necesariamente a suponer, por otra parte, una concentración no menos intensa. Todo el fuego, toda la energía de esa joven vida se concentraron en su cabeza. Ese era su único taller, y en él, como en el ardiente foco del fuego, bullía un trabajo redoblado y presuroso... Raskólnikov pensaba... Largas y enteras noches de invierno, acostado en soledad en su cuartucho, a oscuras, sin velas... pensaba; no tenía nada más que hacer ni adónde ir. «¿Comprende, comprende usted, muy señor mío, qué significa cuando no hay ya adónde más ir? [...] Porque es preciso que a cada persona le sea posible por lo menos ir a alguna parte»⁵... Y si no hay adónde ir, si ya no lo hay en absoluto, entonces, ¿qué?... Entonces todo lo que le queda es volver el rostro estoicamente hacia la pared y morir; o... transgredir la barrera que, para el rebaño de personas corrientes, ha colocado la ley, ley que estas están destinadas a acatar, pero que no es obligatoria para las personas de otra categoría, personas que aspiran a destruir lo viejo en nombre de algo nuevo, mejor...

Que Raskólnikov pensó en esa cuestión durante largo tiempo y desde el punto de vista teórico, no caben dudas. Eso lo demuestra el artículo de su autoría, escrito dos meses

⁵ *Ibid.*, pág. 57.

antes, y cuyo tema central es el *crimen*. En dicho artículo, Raskólnikov llegó a conclusiones bastante riesgosas. Por ejemplo, llegó a convencerse de que

la persona “fuera de lo común” tiene el derecho... es decir no el derecho oficial, sino que ella misma tiene el derecho de dejar que su conciencia pase por encima... de ciertos obstáculos, y únicamente en aquel solo caso en que el cumplimiento de su idea (que a veces puede ser quizá salvadora para toda la humanidad) lo exija. Usted tiene la bondad de decir que mi artículo es confuso, yo estoy dispuesto a aclarárselo en lo posible. Quizá no me equivoque si supongo que, según parece, es eso lo que usted quiere. Permítame. Para mí, si los descubrimientos de Kepler o de Newton, a consecuencia de algunas combinaciones, no hubieran tenido modo alguno de ser conocidos por la gente salvo sacrificando la vida de una, diez, cien personas o más, que estuvieran estorbando este descubrimiento o que fueran obstáculos en el camino, entonces Newton hubiera tenido derecho, e incluso hubiera estado obligado... a *sacar del medio* a estas diez o cien personas, para hacer conocer sus descubrimientos a toda la humanidad⁶...

Todo esto dista de ser nuevo y es tan obtuso que un hombre intelectualmente maduro puede comprender por sí mismo dónde se oculta la mentira; por eso nos ocuparemos de ello más adelante, en nuestro tiempo libre. Ahora veamos qué sigue... Y lo que sigue es que

por ejemplo, aun los legisladores y fundadores de la humanidad, empezando por los más antiguos, siguiendo por los Licurgos, Solones, Mahomas, Napoleones y demás, todos hasta el último fueron criminales, ya con el solo hecho de que al dar una nueva ley violaron por lo mismo la vieja, religiosamente reverenciada por la sociedad y procedente de sus padres, y por supuesto no se pararon ni ante la sangre, si la sangre (a veces completamente inocente y derramada con valentía por defender la vieja ley) era lo único que podía ayudarlos. Es notable incluso que la mayor parte de estos benefactores y fundadores de la humanidad hayan sido terribles derramadores de sangre⁷...

La conclusión es que

todos, no solo los grandes, sino la gente que se sale un tanto del carril, vale decir los que incluso son un tanto capaces de decir algo nuevo, deben, por su naturaleza, ser sin falta criminales... en mayor o menor medida, se entiende. De otra manera les sería difícil salirse del carril, y por supuesto

⁶ *Ibid.*, págs. 317-318. Cursiva de Ajsharúmov.

⁷ *Ibid.*, pág. 318.

tampoco pueden consentir, de nuevo por su naturaleza, en quedarse en el carril, y para mí incluso están obligados a no consentir en eso⁸...

Conclusión bastante notable, porque nos muestra, quizás sin que lo advierta el propio Raskólnikov, pero de un modo evidente para nosotros, hacia dónde tendía su labor intelectual. Desde la altura de las paradojas históricas personificadas en las colosales figuras de Napoleón o Mahoma procuraba instintivamente descender hacia esa línea por demás indefinida que separa la categoría suprema de hombres públicos fuera de lo común de la incalculable multitud de personas ambiguas *que se salen un tanto del carril, que son un tanto capaces de decir algo nuevo*; en una palabra, de aquellos respecto de los cuales es muy intrincando decidir si se salieron del carril por su naturaleza o si simplemente descarrilaron.

Al comienzo de nuestro artículo señalábamos el punto a partir del cual Raskólnikov giraba hacia la teoría; ahora hemos hallado otro a partir del cual su labor intelectual empieza otra vez a adquirir un giro práctico. Como resultado, esos dos giros han trazado una curva que se dirige inconsciente pero inflexiblemente a eludir los obstáculos que le obstruyen el transitado camino y a dejarlos detrás de una sola vez, sin entablar con ellos una batalla franca y tenaz. Por desgracia, en esa curva lo aguardaba algo muy desagradable, algo que no podía evitar mediante ningún sofisma: la *ley*, que tuvo que transgredir en la práctica y, así, perpetrar positivamente, en persona, eso que se llama *crimen*. Teóricamente era audaz y había resuelto con facilidad el asunto. La cuestión del crimen en general, como hemos visto, ocupaba vivamente sus reflexiones y la había abordado desde distintos ángulos. Pero el *crimen en general*, el crimen como mero concepto, y el crimen como acto susceptible de realización son dos cosas muy diferentes.

¿Qué debía hacer?... ¿Y dónde, cuándo, de qué modo? ¿Y en verdad era uno de aquellos que pueden permitirse eso a conciencia, en nombre de objetivos elevados? ¿Y cuáles eran en su caso esos objetivos elevados?... ¿Dónde tenía las fuerzas de un Newton o los descubrimientos de un Kepler?... ¿Y quién se interponía en su camino, impidiéndole convertirse en un bienhechor de la humanidad?... Todo eso confundía y enredaba

⁸ *Ibid.*, págs. 318-319.

terriblemente su labor intelectual, y he ahí la indigencia que lo fustigaba con su pesado látigo, como a un caballo temeroso que se emperrea a cinco pasos de una barrera, y Raskólnikov había llegado al extremo y no tenía más adónde ir. ¿Y recuerdan lo que significa cuando un hombre ya no tiene adónde más ir?... ¡Qué encerrado en sí mismo debe estar un hombre, qué alejado de cualquier soplo refrescante procedente desde fuera, y con qué febril ardor debe trabajar en él el pensamiento en busca de alguna rendija, de alguna salida!... ¡Y qué enfermizamente irritada debe estar su fantasía, qué sueños deben presentársele, qué presentimientos deben atormentarlo, qué presa fácil para la superstición con su oscuro y estupefaciente poder!... ¿Qué fatídica impresión puede provocar la menor alusión procedente desde fuera, la ocasión más insignificante que ofrezca algún punto de apoyo, siquiera ilusorio, a un pensamiento que sucumbe bajo el peso de las vacilaciones y se repliega a cada paso?... A todo ello encontramos respuesta en la novela.

Pero Raskólnikov en el último tiempo se había vuelto supersticioso. Las huellas de la superstición quedaban en él, aun pasado mucho tiempo, casi indelebles. Y en todo este asunto siempre se inclinaría por ver como si fuera cierta cosa extraña, un misterio, como si existiera la presencia de ciertos influjos y coincidencias particulares. Todavía en invierno, un estudiante conocido suyo, Pokóriev, que se iba a Járkov, le había dado en una conversación la dirección de la vieja Aliona Ivánovna, para el caso de que tuviera que empeñar algo. Pasó mucho tiempo y no había ido a verla, porque tenía lecciones y de alguna manera eso alcanzaba. Un mes y medio atrás se había acordado de la dirección; tenía dos cosas buenas para empeñar: el viejo reloj de plata del padre y un pequeño anillito de oro con tres piedritas rojas, que le había regalado su hermana en la despedida como recuerdo. Resolvió llevar el anillito; habiendo encontrado a la vieja, a primera vista y todavía sin saber de ella nada particular, sintió hacia ella una invencible aversión, tomó sus dos “billetitos” y por el camino entró a una fonducha de mala muerte. Pidió té, se sentó y se quedó profundamente pensativo. Una extraña idea comenzó a brotar en su cabeza, como un pollito que sale del huevo, y lo iba absorbiendo más y más.

Casi a la par de él, en otra mesa, estaban sentados un estudiante, al que no conocía en absoluto y tampoco recordaba, y un joven oficial. Habían estado jugando al billar y se pusieron a tomar té. De repente él escucha que el estudiante le habla al oficial de la prestamista, Aliona Ivánovna, secretaria colegiada, y le da su dirección. Ya solamente esto le pareció a Raskólnikov algo extraño: él venía ahora de allá y aquí justamente se habla de ella. Una casualidad, por supuesto, pero el caso es que él no puede zafarse ahora de una impresión que no es para nada corriente, y justo aquí sucede como si alguien le viniera a prestar un servicio: el estudiante de golpe le empieza a contar a su camarada diferentes detalles sobre esta Aliona Ivánovna.

—¡Es célebre! —decía—. De ella siempre se puede obtener dinero. Está rica como un judío, puede darte enseguida cinco mil, pero no desdeña un empeño por un rublo. Muchos de los nuestros han ido a verla. Solo que es terriblemente infame...

Y se puso a contar cómo era de malvada, caprichosa, que solo costaba alargar un día el plazo para el rescate y el objeto se perdía...⁹

Después la conversación versó largo rato sobre Lizaveta, la hermana de la vieja, hasta que al fin regresó a esta.

—No, fíjate en lo que te digo. Yo a esta maldita vieja la mataría y le robaría, y, te lo puedo asegurar, sin el menor remordimiento —agregó acalorado el estudiante.

El oficial soltó de nuevo la carcajada, y Raskólnikov se estremeció. ¡Qué extraño era esto!

—Permíteme, quiero hacerte una pregunta seriamente —se enardeció el estudiante—. Yo, por supuesto, ahora estaba bromeando, pero mira: por un lado, una vieja estúpida, absurda, insignificante, mala y enferma, que a nadie le hace falta y, al contrario, es dañina para todos, que no sabe ella misma para qué vive y que mañana se morirá de todas maneras. [...] Por otro lado, fuerzas jóvenes, frescas, que se pierden gratuitamente, sin sustento, ¡y esto de a miles, y en todas partes! ¡Cien mil nobles asuntos e iniciativas que se podrían organizar y reparar con el dinero de la vieja, condenados al monasterio! [...] Si se la asesinara y se tomara su dinero, para después consagrarse con su ayuda al servicio de toda la humanidad y el bien común: ¿qué crees?, ¿acaso no se expía un insignificante crimen con mil buenas acciones? Por una vida, mil vidas, salvadas de la podredumbre y la corrupción. Una muerte y cien vidas a cambio: ¡he aquí la aritmética! ¿Y además qué significa en la balanza general la vida de esta vieja tísica, estúpida y malvada? No más que la vida de un piojo, de una cucaracha, e incluso ni eso vale, porque la vieja es dañina. [...]

Raskólnikov era presa de una extraordinaria agitación. Por supuesto, estas eran las más habituales y las más frecuentes conversaciones e ideas entre los jóvenes, oídas por él más de una vez, solo que en otras formas y con otros temas. ¿Pero por qué justo ahora tuvo que escuchar precisamente una conversación tal y tales ideas, cuando en su propia cabeza recién germinaban... *exactamente aquellas mismas ideas*? ¿Y por qué precisamente ahora, cuando acababa de extraer de lo de la vieja el germen de su idea, caía justamente en una conversación sobre la vieja?... Esta coincidencia le pareció siempre extraña. Esta insignificante conversación de fonda tuvo una extraordinaria influencia sobre él en el ulterior desarrollo del asunto: como si efectivamente hubiera habido aquí alguna clase de predeterminación, de una instrucción...¹⁰

Y finalmente, en su solitario taller, de ese penoso proceso de pensamiento brotó, como un pollito salido del huevo, el primer germen del *asunto*, la primera noción clara: adónde

⁹ *Ibid.*, págs. 79-80.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 82-83.

debía ir y qué debía exactamente hacer. El hambriento pensamiento se arrojó sobre ese repugnante pedazo de comida con incontenible avidez y, a pesar de que le provocaba una náusea casi incesante, Raskólnikov le dio plena libertad. ¿Qué tenía eso de malo? En efecto, aún no se trataba de un acto, sino de un mero cálculo que todavía no lo obligaba a nada. Él siempre sería libre de hacer o no hacer; pero, en el caso de que después, en algún momento, no importa cuándo, considerara necesario *hacer*, ¿por qué no reflexionar de antemano?... Y se puso a reflexionar, sin advertir que, en esa reflexión, había una fuerza de atracción muy difícil de resistir. El proceso creativo de pensamiento, mediante el cual este concibe un acto, comienza insensible e inconscientemente, pero, cuanto más se despliega, más dificultad encuentra para detener dicho acto y acabar en germen con él. Crece, se fortalece, atrae hacia sí todas las fuerzas de quien lo gesta y, por último, se separa de este como algo independiente, se convierte en amo de él, lo somete por completo. Algo similar le ocurrió a Raskólnikov. La voluptuosa curiosidad de la pobreza y la falta de cualquier otra ocupación lo obligaron primero a jugar con ese germen de idea como con un terrible juguete, y él estaba tan acostumbrado a ese juego, tan convencido de que no era más que un juego y de que esa idea no pasaría a acto, que inadvertidamente se dejó arrastrar por él hasta el punto de que ya no pudo abandonarlo, hasta el punto de que acabó sintiendo que los papeles habían cambiado, y que aquello con lo que él se entretenía se había apoderado de él, había comenzado a empujarlo y arrastrarlo hacia sí, y que él se había convertido en un juguete en sus manos. Entonces se acobardó y empezó a cerrar los ojos para no ver la incubación de su idea, pero esta estaba en su interior y él la veía, no podía sino verla a cada momento. Ella creció, y todos sus miembros estaban desarrollados, dispuestos para la acción. Él mismo había facilitado eso, él mismo había concebido y preparado todo desde hacía mucho tiempo. Ya un hacha había sido elegida como arma, y también estaba resuelto dónde la tomaría. El lazo bajo el abrigo, bajo la axila izquierda, para colgar y ocultar el hacha, también había sido pensado; las agujas y los hilos para coserlo ya hacía tiempo que los tenía a mano, sobre la mesa, envueltos en un papel. En una pequeña hendidura, entre el diván «turco» y el suelo, estaba preparado y escondido el *aparente objeto* para empeñar. El asunto había llegado a un punto tal en el que ya era imposible engañarse a sí mismo; con horror, se persuadió de que aquello ya no era más una simple fantasía, sino un propósito serio y positivo. Le causaba asco, pero ya no podía renunciar a él por más tiempo, no podía ahuyentarlo; solo retrocedía, vacilaba en una penosa indecisión, se acobardaba, temblaba...

Las reales, las puramente materiales dificultades del asunto, en general jugaron en su mente el más secundario de los papeles. “No hay más que conservar ante ellas toda la voluntad y todo el juicio, y a su tiempo todas serán vencidas, cuando llegue el momento de conocer todos los detalles del asunto hasta la última sutileza...” Pero el asunto no comenzaba. De todo, en lo que continuaba teniendo menos fe era en su resolución definitiva¹¹.

[Todas las resoluciones terminantes tomadas por él en este asunto – A. G.] tenían una extraña propiedad: cuanto más terminantes eran, inmediatamente más horribles y absurdas se volvían a sus ojos. A pesar de toda su atormentada lucha interior, nunca pudo creer ni por un instante en el cumplimiento de sus proyectos en todo este tiempo. E incluso si en algún momento hubiera sucedido que todo hubiera sido ya estudiado por él hasta el último punto y resuelto definitivamente, y no quedara ya ninguna duda, entonces quizá hubiera renegado de todo, como un absurdo, una monstruosidad y una cosa imposible. Pero todavía quedaba todo un abismo de dudas y puntos sin resolver. [...] Pero incluso estas eran minucias en las que no se ponía a pensar, y además no tenía tiempo. Él pensaba en lo principal, y las minucias las apartó hasta el momento en que él mismo *estuviera convencido de todo*. Pero esto último parecía decididamente irrealizable [...] De ninguna manera podía, por ejemplo, imaginarse que en algún momento dejaría de pensar, se levantaría y... sencillamente iría allá... [...] Y entretanto hubiera parecido que todo el análisis, en el sentido de la resolución moral de la cuestión, hubiera estado ya finalizado de su parte: su casuística se había afilado, como una navaja, y él ya no encontraba en sí mismo deliberadas objeciones. Pero en último caso él sencillamente no tenía fe en sí mismo, y obstinadamente, rastaramente, buscaba objeciones por los cuatro costados y a ciegas, como si alguien lo forzara y lo arrastrara hacia aquello. Aquel último día, que tan imprevistamente se había presentado y había resuelto todo de una vez, había actuado sobre él casi en forma completamente mecánica: como si alguien lo hubiera tomado de la mano y lo arrastrara tras de sí, irresistiblemente, ciegamente, con fuerza sobrenatural, sin objeciones. Como si un jironcito de su ropa hubiera caído en la rueda de una máquina y esta hubiera comenzado a succionarlo hacia adentro¹².

Este giro decisivo del asunto fue motivado por la carta de su madre, que había llegado inesperadamente y por la que se había enterado de que el ser que más amaba en el mundo, su hermana, estaba dispuesta a realizar un terrible sacrificio, que se disponía a casarse para arreglar el destino de él... Eso de pronto lo dejó fulminado...

Quedaba claro que ahora no había que entristecerse y sufrir pasivamente, solo con razonamientos sobre cuestiones irresueltas, sino que indispensablemente había que hacer algo, en este mismo momento, y cuanto antes. Fuera a lo que fuera había que resolverse, siquiera a hacer algo, o... “¡O renunciar completamente a la vida!” [...] De repente se estremeció: un solo pensamiento, también

¹¹ *Ibid.*, pág. 90.

¹² *Ibid.*, págs. 87-89.

de ayer, vino de nuevo a su cabeza. Pero no se estremeció porque este pensamiento hubiera reaparecido. Puesto que él sabía, *presentía*, que infaliblemente “iba a venirle”, e incluso lo esperaba; y por otra parte este pensamiento no había nacido del todo ayer. Pero la diferencia estaba en que un mes atrás, e incluso todavía ayer, se trataba solo de una fantasía, y ahora... ahora apareció de repente no como una fantasía, sino bajo un aspecto en cierto modo nuevo, terrible y completamente desconocido para él, y de repente se dio cuenta de esto... Algo golpeó en su cabeza y la mirada se le ensombreció¹³.

Ese fue el momento en que sintió que algo comenzaba a *succionarlo*; pero aún hizo un último y desesperado esfuerzo... Lo encontramos cuando se despierta en la isla Petrovski, casi presa de la fiebre y el delirio, entre unos arbustos donde se había echado el día anterior sin saber por qué, y entre los que se había dormido por el cansancio. Ve despierto un sueño terrible. Todo el horror de lo que le espera adquiere de golpe contorno ante sus ojos, y de pronto decide que eso no puede ser, que eso no habrá de ocurrir... Aún le parecía posible librarse de ese hechizo, de ese sortilegio, de esa fascinación, de esa alucinación. Reunió sus últimas fuerzas, abjuró solemnemente de todo lo que se había propuesto y regresaba a casa con un sentimiento de placentera tranquilidad en el alma cuando, de pronto, súbitamente y de una manera completamente inesperada, por una conversación oída al paso, se enteró de que al otro día, exactamente a las siete de la tarde, Lizaveta, la hermana de la vieja y su única compañera de departamento, no estaría en casa y que, por tanto, la vieja a esa hora *se hallaría sola*. Ese episodio azaroso, insignificante por sí mismo, fue para él lo que sentenció su destino...

Entró a su cuarto como un condenado a muerte. Ni razonaba ni podía siquiera razonar, pero de repente sintió con todo su ser que no tenía más ni libertad de juicio ni voluntad, y que de repente todo se había resuelto definitivamente¹⁴.

Tal es la esencia del análisis psicológico. Su profunda veracidad confiere al relato el carácter de una realidad vívida, no ficticia. Como resultado, tenemos ante nosotros la imagen claramente delineada de Raskólnikov. Es un muchacho débil, enfermizamente impresionable y abrumado por las circunstancias que, bajo los efectos de un pensamiento irritado, se ha figurado un titán, y a pesar de que instintivamente siente a cada paso que está equivocado, carece de la fuerza para librarse de ese fascinante efecto. Ante el primer

¹³ *Ibid.*, págs. 57-58.

¹⁴ *Ibid.*, págs. 78-79.

intento de escapar de la rutina, ante los primeros pasos hacia un desarrollo independiente, su mente arrogante y voluptuosa, pero limitada, se atascó en el círculo de una teoría estrecha y paradójica y ya no pudo salir de ella, ya no pudo desprenderse de ese yugo. Examinemos esa teoría: es de corto alcance y no nos retendrá demasiado.

Raskólnikov divide a la gente en personas y no-personas. Las primeras tienen sentido por sí mismas, mientras que las segundas lo tienen en relación con las primeras, como material necesario para su producción. Eso ya es bastante extraño, pero aún más extraña es la conclusión que se saca de ello. Si Raskólnikov hubiera deducido que las primeras deben vivir para sí mismas y las segundas, para las primeras, eso por lo menos habría sido consecuente; pero él concluye lo contrario. Las primeras viven para las segundas y son declaradas *personas* solo porque tienen la capacidad y el designio de ser sus benefactoras.

Después, elevándose a la esfera del derecho, divide este concepto, como si se tratara de provisiones, entre todas las personas, sin distinción ni excepción, y los casos discutibles los resuelve aritméticamente. Allí donde hay más cantidad de cabezas, el derecho aparece con el signo más, como algo real y positivo; allí donde hay menos, aparece con el signo menos, como algo ficticio y negativo, y por eso no existente en la realidad. En suma, todo ese disparate puede definirse en cinco palabras. Se trata de llevar a la esfera de la verdad moral el sistema de relaciones aritméticas. Un intento irrealizable, puesto que el concepto es indivisible. El derecho de un individuo aislado y el derecho de millones es el mismo, ya que no se trata de dos derechos, sino de uno solo, y es imposible negárselo a una sola persona por un lado sin negarlo a la vez a todos los demás por el otro. Es precisamente contra esa *indivisibilidad del concepto* contra la que tropieza en primer lugar la paradoja de Raskólnikov. Cien veces se formula la misma pregunta y cien veces cae en el círculo sin salida de sus contradictorias soluciones, pero hay una solución sencilla y absolutamente consistente en la que no se detiene. Se le aparecen Mahomas, Napoleones, el camino de esas personas (cubierto de sangre) y las coronas con que eran coronados; eso por un lado. Por el otro, él, el pobre estudiante Raskólnikov, al que no le reconocen siquiera el derecho de matar a una insignificante y asquerosa viejita, a pesar de que él promete reparar esa ínfima desviación de la ley con una serie de buenas acciones... ¿Dónde está la justicia? Es claro que ahí no hay ninguna justicia, y nosotros

no podemos entender por qué él ve en ello una contradicción. No hay ninguna justicia en lo que hicieron los Mahomas y los Napoleones ni tampoco en lo que ha hecho él; y si aquellos fueron coronados por la masa, es precisamente por ello por lo que él desprecia a esta. ¿Qué más pretende? Y si la masa lo coronara a él por su vileza, ¿acaso eso sería un motivo para despreciarla menos? ¿O Raskólnikov cree en serio que esos Titanes fueron coronados por las buenas acciones que dispensaron a los hombres? Pero eso ya sería demasiado ingenuo, y, si bien consideramos a Raskólnikov una persona limitada, no creemos que lo fuera tanto.

He ahí la coherente exposición del modo por el cual Raskólnikov pasó al acto. Por desgracia, mientras la redactábamos, no pudimos valernos de toda la cantidad de material que ofrecen las seis partes del libro. Teniendo como norte, ante todo, la coherencia y la consistencia, tuvimos que elegir aquello que, en nuestra opinión, se acerca más a la verdad y contradice lo menos posible el conjunto. Tras cumplir ese cometido sin reservas y sin reproches, repetimos una vez más que la concepción del autor respecto de la tarea psicológica que tenía por delante es fidedigna en sus fundamentos mismos, y luego nos consideramos ya con el pleno derecho a expresar, también sin reservas, algunas dudas que nos quedan después de sopesar atenta y detalladamente *toda la información*.

No tomaremos en cuenta las contradicciones teóricas. En efecto, en la cabeza caben muchas cosas que no hay modo de hacer caber en la realidad. Hemos visto ejemplos de embrollos aún peores. Por eso comprendemos sin dificultad que Raskólnikov pudiera llegar a semejante vileza y justificarla. Pero cómo un lírico semejante, un Hamlet, un soñador tan pusilánime e impresionable pudo hallar en sí tanta resolución para llevar efectivamente a cabo lo que se había propuesto, eso no es tan claro. Raskólnikov comprendía bien todo el horror que le esperaba, toda la ruindad de un acto semejante; se sublevaba y sentía náuseas ante la sola idea de que tomaría un hacha en sus manos y le abriría con ella la cabeza a la vieja; él mismo había reconocido en cien oportunidades que sabía de antemano hasta qué punto era incapaz de hacer esa clase de cosas, y nosotros le creemos, pues a nosotros también nos parece que no es capaz. En las personas con una imaginación tan fogosa y con una impresionabilidad tan enfermiza, la energía de la pasión suele ser débil. La gastan en tal cantidad y tan constantemente en el asunto imaginario que no les alcanza para el asunto real. Y que Raskólnikov era precisamente una de esas

personas, ya a eso encontramos alusiones bastante inequívocas en la primera parte (de la que hemos extraído el principal material para nuestra reseña): ¿qué decir entonces de las restantes cinco?... ¿De dónde ha sacado ese hombre tal horror, tales trances y esa capacidad tan profunda, refinada, poética y, por momentos, hasta humorística de valorar todo lo que le pasa? Porque no fue el asesinato con toda su inenarrable vileza lo que hizo de él un poeta semejante; y tampoco cabe suponer, a la inversa, que un poeta semejante pudo cometer tal vileza. Los dogmas de una teoría estrecha, una cabeza ferviente y abstracta, un fanatismo que concentra todas las pasiones en el ardiente foco de una idea obsesionante: todo eso se ajusta perfectamente al asesinato y podría explicárnoslo más que bien, y a todo ello encontramos alusiones en distintos pasajes; pero eso no es todo y dista de ser tan evidente. En cambio, lo evidente que encontramos a cada momento y de lo que es casi imposible dudar es que Raskólnikov era un poeta. Ese rasgo es dominante. Recordemos su sueño en vísperas del asesinato; esas visiones fantásticas y vívidas en las que se dibuja su situación; su conversación con Zamiótov en la taberna; ese fino humor con el que él mismo se ríe de sus errores; esa certera percepción que, sin ser invocada, se le presenta con irresistible importunidad en los momentos de mayor peligro, percepción que él siente y que se le impone; por último, su refinada, instintiva e infalible valoración de las personas a primera vista, desde la primera palabra — reflexionamos en todo ello y repetimos otra vez: sí, Raskólnikov era un poeta, y el poeta menos capaz de cometer un acto cruel es el poeta lírico. Además queda en pie esta pregunta: ¿cómo pudo sumergirse en semejante mugre y, a pesar de todo el horror de su acto, que él comprendía mejor que nadie, no solo proponérselo, no solo decidirse a él, sino también llevarlo a la práctica?... ¿No se habría vuelto loco un tiempo antes del asunto y luego, poco a poco, habría ido recobrando el juicio? Pero, en primer lugar, ni antes ni durante el asunto lo vemos un solo instante en estado de inconsciencia. En segundo lugar, si eso en efecto hubiera sido así, el autor, por supuesto, no nos habría dejado con la duda. No, el autor no pensaba eso, y la prueba de ello la encontramos en unas pocas líneas de su epílogo, en las que se burla manifiestamente de la teoría de moda de la *locura temporal*. Además, el sentido fundamental de la mayor parte de la novela y una de las causas principales de su volumen radica a todas luces en que el autor se proponía llevar al criminal al arrepentimiento. Todo ello habría sido innecesario y no habría tenido ni siquiera sentido si Raskólnikov fuera un monomaniaco y no un criminal. Por lo tanto, no podemos admitir una interpretación de esa índole. En nuestra opinión, solo queda una posibilidad. Debemos admitir que el autor

cometió un error al no trazar una línea suficientemente clara que lo separara de su creación. No fue, como se decía entre nosotros en tiempos remotos, lo suficientemente objetivo. Su propia concepción de Raskólnikov y de su arrebatado acto, a veces elevadamente lírica, a veces inimitablemente humorística, se deslizó de él hacia Raskólnikov y fue asimilada por este con la audacia que le es inherente. Para comprender mejor un personaje suele ser muy útil, como acostumbra a decirse, ponerse en su lugar, en su situación, y experimentarla con el propio corazón; pero hay corazones y corazones. Lo que sentiría un poeta tal como Dostoievski si, por algún sortilegio, se viera efectivamente en la situación de Raskólnikov, no podría sentirlo, ni siquiera de modo aproximado, el verdadero Raskólnikov, y, si pudiera hacerlo, jamás cometería semejante vileza. Eso fue un error, un error capital, y, una vez que nos hemos persuadido de él, no es difícil explicarse qué consecuencias tuvo. El análisis, profundamente certero en sus fundamentos, ha adquirido un matiz falso, y ese matiz falso aparece en torno a la cabeza de Raskólnikov como la pálida aureola de un ángel caído que no le queda para nada bien. Qué clase de hombre es este en realidad, eso no es difícil figurárselo; basta con recordar solo dos o tres rasgos. Recordemos, por ejemplo, cómo se rebajaba ante la policía o, por caso, que durante todo el tiempo de la investigación no lamentó siquiera una vez que otras personas inocentes hubieran sido arrestadas por su culpa, que se hubieran puesto el dogal al cuello debido al espanto y que pudieran ser enviadas a prisión. Eso le parecía natural, e incluso hasta lo alegraba; solo temía que la verdad acabara saliendo a la luz. Y ese hombre, que apenas ha hecho a tiempo a salir del charco de sangre en que se ha sumergido, de pronto levanta la cabeza y contempla todo desde una altura inalcanzable. Sobre su corazón gravita el pesar universal; su lengua es una sátira mordaz; ya no es un niño que no ha completado sus estudios en la escuela y está enfurecido por el hambre, sino un hombre que ha reflexionado hasta las últimas consecuencias, un Hamlet o un Fausto completamente maduro y estéticamente desarrollado...

Pero dejemos la estética y regresemos al relato.

Al *crimen* sigue el *castigo*. «Sigue», por lo demás, es poco decir; esa palabra está lejos de transmitir el indisoluble vínculo que ha establecido el autor entre los dos aspectos de su propósito. El castigo comienza antes de que se cometa el crimen. Nació junto con él, se adhirió a él en germen, es inseparable de él desde el momento mismo en que fue

ideado, concebido. Los tormentos que padece Raskólnikov hacia el final, cuando el crimen ya fue perpetrado, superan hasta tal punto sus débiles fuerzas que nos asombra que pudiera soportarlos. En comparación con esos tormentos, todo castigo palidece. Eso es cien veces peor que el castigo; es una tortura, y la más cruel de ellas: la tortura moral. En varias ocasiones alcanza tal intensidad que él ya no puede resistir y va a entregarse para ponerle un fin como sea, pero el asunto se dilata por azar y, de pronto, adquiere un giro completamente distinto. En uno de esos terribles momentos, cuando Raskólnikov experimenta un asco absoluto por la vida, cuando siente como si unas tijeras lo hubieran separado de todos y cuando no puede imaginarse que alguna vez, entre la gente y él, pueda haber algo en común, la desgracia de una familia recientemente conocida hace vibrar en él una cuerda sensible y el joven realiza una buena acción, una acción pequeña, apenas perceptible, pero que cae como una gota de agua celestial sobre los labios reseca de sed de aquel desdichado pecador del que nos habla la parábola... Una niña pura le da alcance en la escalera, le balbucea a través de las lágrimas palabras de sincera gratitud, lo estrecha entre sus brazos delgaditos y lo besa... ¡lo besa a él, a un *asesino*!... Todo eso, de pronto, lo reaviva de un modo asombroso. Fue el primer momento de descanso, de auténtico descanso, el primer indicio de que aún no todo estaba perdido para él, de que en la vida aún había algo de lo que no había sido separado, ¡y ese algo era tan puro, tan bueno!...

Tras ello aparece en escena otro ángel caído, un ángel —¡ay!— con el billete amarillo¹⁵. Es la mansa Sonia. El papel más importante después del de Raskólnikov, según la lógica del relato, debía sin falta corresponderle a ella. Se trata de una niña desgraciada pero magnánima que vende su cuerpo para mantener a una familia igualmente desgraciada. La familia Marmeládov constituye una de las mejores creaciones del autor y guarda cabal relación con su estilo. A pesar del terrible sentido de su situación y de sus relaciones recíprocas, la impresión general es tan ardiente y pura y trasunta una comprensión tan genuinamente humana del hombre y del amor al hombre que casi nos sirve de respiro en aquel ambiente asfixiante de horror y desesperación en el que el autor nos obliga a dar vueltas el resto del tiempo. Katerina Ivánovna es la verdadera heroína. Nada menos parecido a un ideal, pero, a la vez, nada en lo que la auténtica energía de una mujer se manifieste con más veracidad, estridencia y claridad. Ante aquella desdicha

¹⁵ Tarjeta o documento que en la Rusia zarista se les daba a las prostitutas. [N. del T.]

desesperada, sin salida, ante aquella falta de todo sostén y consuelo, ¡semejante batalla! ¡Una batalla de cada día, de cada hora, sin un solo momento de descanso, sin la menor esperanza en recibir ayuda o en la victoria, una batalla sin concesiones, una batalla hasta el último suspiro y hasta el último latido del corazón!... ¿Qué debía sentir un hombre como Raskólnikov al encontrarse cara a cara con una mujer semejante? ¿No debería haber ardidido de vergüenza, no debería haberse considerado un trapo sucio?...

Hallamos un contraste de una índole completamente diferente en el marido de Katerina Ivánovna. ¡Qué persona! ¿De dónde habrá sacado el autor esos colores para pintarlo? Después de los brillantes intentos de Ostrovski en esa dirección, después de todo lo que hemos encontrado en la vida y en la literatura, nos parece que nunca habíamos visto a un borracho, a un auténtico y empedernido borracho, y que nunca habíamos sabido hasta dónde puede llegar un hombre sin convertirse en una rematada bestia y conservando aún el alma cálida y pensamientos verdaderamente humanos... ¿Y qué decir de Sonia?... Un personaje profundamente ideal, cuya tarea era de lo más difícil; por eso, quizás, su ejecución nos parece débil. Está bien concebida, pero le falta cuerpo; a pesar de que la tenemos todo el tiempo ante los ojos, es como si no la viéramos. Todo lo que dicen de ella está lleno de sentido y la caracteriza mucho mejor que lo que ella misma dice. La relación de Sonia con Raskólnikov es bastante clara. Era la única persona de todas las que lo rodeaban ante la cual tuvo fuerzas para confesarse y en la cual pudo hallar un punto de apoyo. Ella, por otra parte, parecía o era, por lo menos para él, alguien semejante. Pero él, desde luego, no podía comprender tan pronto hasta qué punto esa mujer era superior a él en todos los demás aspectos. Después lo comprendió, y entonces cayó ante ella de rodillas y le entregó su alma para siempre.

Todo eso, sin embargo, en la novela resulta flojo y pálido no tanto en comparación con el enérgico colorido de otros pasajes de la narración cuanto por sí mismo. El ideal no se hizo carne y sangre, y quedó para nosotros en una niebla. En suma, todo eso salió insulso, inconsistente.

También salieron insulsas la madre y la hermana de Raskólnikov, pero ya no porque, en rigor, fueran plasmadas con poco éxito; al contrario, están plasmadas muy satisfactoriamente; el caso es que no había qué plasmar, porque los caracteres de una y

otra son demasiado comunes. Dunia y la madre son dos lugares comunes. Todo en ellas transcurre como corresponde y como cabe esperar; pero eso es insuficiente para nosotros; en contraposición a ello se necesita algo más que no corresponde ni cabe esperar en absoluto: el carácter individual de un personaje; pero ambas carecen de él, y por eso resultan insulsas... ¡Algo muy distinto, por ejemplo, sucede con Razumijin!... ¡Cuánta vida y qué vívidos colores! ¡Cada palabra y movimiento de ese hombre le pertenecen a él solo y lo distinguen entre mil!... ¿O Porfiri, el investigador?... ¡Porfiri es inimitable!... Huelga decir que está plasmado a la perfección; eso salta a los ojos. El cuadro es completo y excede sus marcos; no es posible añadirle o quitarle un solo rasgo; es una persona real; sin embargo, examínenla con atención y verán que esas personas no existen. Es un ideal, ¡y qué ideal! ¡El ideal del investigador, un profundo conocedor de su oficio, un psicólogo dotado del más refinado olfato psicológico que comprende a los hombres de lado a lado y lee en su alma como en un libro abierto! Un investigador así no se encuentra siquiera entre los *juristas*, a los cuales, dicho sea de paso, Porfiri se parece tan poco que nos asombramos de cómo al autor se le ocurrió darle esa profesión. Porfiri juega con Raskólnikov como con un niño pequeño y adivina por completo sus intenciones. Sin una sola prueba de la que agarrarse, hace que su adversario dé vueltas como una mosca chamuscada alrededor del fuego hasta precipitarse en él. El propio Raskólnikov, sin que lo llamen, se pega a Porfiri y, en un torpe intento de ocultar su juego, le va mostrando una a una todas las cartas. Eso ya le haría el mayor honor a cualquier investigador, pero aún hay más. Tras envolver totalmente a Raskólnikov, el vencedor rechaza con magnanimidad los trofeos. No quiere perseguirlo y acosarlo como a una liebre, y tampoco es eso lo que necesita. Le dice sin ambages y con toda franqueza: usted está en mis manos, pero siento una humana compasión por usted y quiero ayudarlo en la medida de lo posible. Le doy mi amistoso consejo: comprenda que ya no tiene nada que hacer y reconózcase culpable; eso será infinitamente más ventajoso para usted.

Además de los mencionados, en la novela hay una cantidad tal de personajes que nos exime de un análisis exhaustivo de cada uno de ellos... Nastasia, Zamiótov, Póroj: son todas personas reales, aunque entre ellas hay algunas verdaderas caricaturas. A estas últimas pertenecen Luzhin y Lebeziátnikov; con excepción de algunas observaciones mordaces que les concede el autor, carecen de interés. Solo queda un personaje que aparece después de los otros, pero que no deja de ser interesante. Se trata de Svidrigáilov.

De él tampoco se puede decir que sea «insulso». Al contrario, es denso y característico en grado sumo. Solo lamentamos que el autor lo haya perfilado a las apuradas y le haya otorgado un papel completamente secundario. Svidrigáilov es un personaje aparte; tiene mucho de enigmático, e incluso sus relaciones con Dunia, la hermana de Raskólnikov, no son del todo claras. Solo nos queda su vago sentimiento hacia esa mujer. ¿Se trataba solo de una pasión despojada y animal o había allí algo más puro? Esto último es plausible, ya que invalida todo reproche de exageración y confiere un rostro humano incluso a una bestia semejante. Su escena con la hermana de Raskólnikov es melodramática, pero tampoco de ello tiene él la culpa. Si en el lugar de Dunia hubiera habido una persona viva, la escena habría sido más lograda. La charlatanería de Svidrigáilov en sus encuentros con Raskólnikov delinea a la perfección esa figura, la traza en toda su caballeresca amplitud, y descansamos, en ese cuadro de una fuerza íntegra e intacta, de los espasmódicos trances de Raskólnikov. Svidrigáilov también es un asesino, y puede incluso que algo peor, y no hay en él ninguna heterogeneidad o incongruencia; es un canalla de pies a cabeza, sin contradicciones, y, sin embargo, por extraño que sea reconocerlo, es más simpático que Raskólnikov. La fuerza, cualquiera sea la dirección en que se dirija, no deja de ser fuerza, y no podemos negarle en absoluto ni simpatía, lo que sería mucho decir, sino cierto involuntario respeto... ¡Un tramposo, un infame, un hombre que se vende a una vieja para después acabar con ella, un hombre dispuesto a corromper todo lo joven y lozano!... ¡Qué vil debe ser a nuestros ojos Raskólnikov para volverse, si no más vil, al menos más repugnante! Su refunfuño estético durante su última conversación con Svidrigáilov y ese tono impasiblemente cínico y semiburlón con el que este le dice: «¡Pero si usted también!»... Todo eso rebosa un humor muy original... Los rasgos de superstición son muy comprensibles en un carácter semejante; también lo es la generosidad y el hecho de que sea hombre en ocasiones, porque sí, para divertirse, porque *tampoco es que goce del privilegio de hacer solamente el mal*. No obstante, lo que queda poco claro es su suicidio. No consideramos que ese desenlace no fuera posible; al contrario, era muy posible; pero entre él y toda la restante persona hay un hueco que nada en la novela viene a llenar. Solo podemos conjeturar cómo llegó a eso, pero el autor no nos ofrece información para comprobar nuestras suposiciones, por eso nosotros tampoco vemos necesidad de ella.

Regresemos a Raskólnikov. El hombre se arrepiente, pero lo hace del mismo modo en que había pecado, con contradicciones e inconsecuencias, mediante trances y

ataques. Tras persuadirse y reconocerse en veinte ocasiones enteramente culpable, en la ocasión veintiuna regresa otra vez a sus teorías y comienza de nuevo a afirmar que él, en el fondo, tiene razón, y que su error solo fue haberse considerado un hombre cuando no es más que un *piojo*, un piojo semejante a la vieja usurera que asesinó. Otra vez comienzan a aparecerse los Napoleones y los Mahomas, y otra vez no puede comprender por qué a ellos nos los mandaron a prisión mientras que a él sí. De qué modo se produjo en él la ruptura definitiva y cómo comenzó su *regeneración*, eso sería interesante saberlo; pero en la novela solo encontramos alusiones a ello. Sabemos que el principal impulso fue el *amor*, el amor a *Sonia*; pero incluso eso está dicho a las apuradas, como exposición sumaria propia de todo epílogo. Según las palabras del autor, Raskólnikov se convirtió en un hombre completamente diferente y comenzó una nueva vida que podría servir de tema para otro relato, pero el actual ya está concluido.

También concluimos nosotros; pero antes nos permitiremos decir algunas palabras sobre la causa que, a nuestro parecer, otorga un sentido singular a un fenómeno tal como Raskólnikov. Esa causa tiene dos aspectos. Del primero hemos hablado al principio y aquí nos queda añadir muy poco. Hay situaciones desagradables en la vida, y una de las más desagradables, desde luego, es aquella en la que una persona que no cuenta más que con sus manos para trabajar considera su pobreza una oprobiosa desgracia y una insufrible ofensa. Esa contradicción flagrante entre lo que el hombre pretende y lo que es suscita en este cólera y lo convierte en enemigo personal del orden existente. Esa es una de las propiedades más notorias y características de lo que denominamos «proletariado». El proletariado, por desgracia, también existe entre nosotros, y, si bien no ha crecido cuantitativamente tanto como lo vemos entre nuestros vecinos de Occidente, aquí en Rusia ha comenzado por el otro extremo. No entre la compacta e innumerable masa de personas incultas —obreros fabriles y braceros, campesinos sin tierra, labradores errantes—, sino en pequeños círculos dispersos del estudiantado. Eso ha ocurrido por causas sencillas. En ocasiones, el desarrollo intelectual en nuestro país ha superado con creces la vida. La cantidad de estudiantes ha crecido rápidamente, mientras que la necesidad de ellos, la necesidad vital, ha seguido siendo casi la misma. Como consecuencia de ello, la *oferta*, dicho en términos de la economía política, *ha superado a la demanda*, y una cantidad muy importante de jóvenes se ha quedado sin pan; no porque otras vías para ganárselo le estén cerradas, sino porque nunca ha considerado esas vías ni

se ha preparado para ellas. Ese conjunto no podía mezclarse con la masa, dado que ya estaba muy por encima de ella y, por su desarrollo intelectual, tenía cierto fundamento para adscribirse a la clase alta de la sociedad; pero tampoco podía incorporarse a esa clase debido a que carecía de recursos materiales. Así pues, quedó aislado por todos los costados, separado de la vida y, por eso, descontento con esta, y con una rabia personal contra el orden establecido. De ello, por supuesto, no se sigue aún que allí se ocultara un foco de pasiones capaz de engendrar un crimen, pero, en tales condiciones, las pasiones de esa índole y sus consecuencias son más fácilmente comprensibles y más frecuentemente posibles, y eso nos explica, por un lado, cómo son posibles los Raskólnikov entre nosotros. Por otro lado, no podemos dilucidar definitivamente esa posibilidad sin prestar atención a las propias características de nuestro desarrollo intelectual. En nuestro país, este no ha surgido de la vida ni ha crecido en su suelo, sino que ha sido trasplantado esporádica y fragmentariamente desde lugares lejanos y desde otros climas. Por eso no halla en la vida real ese firme punto de apoyo y esa puesta a prueba que sin falta necesita para poder crecer como debe y dar frutos prácticos, maduros. Comienza con la mera efervescencia del cerebro y, en muchos casos, allí termina. Es del todo natural que, en esas condiciones, no logre tener esa coherencia y consistencia, esa ligazón orgánica, interna, sin la cual es imposible que los hombres coincidan en su modo de pensar y se pongan de acuerdo —si no de manera completa, por lo menos en los puntos básicos— en los rudimentos principales de su concepción de la vida y de la ciencia en su aplicación a la vida. En lugar de ese acuerdo, lo que vemos entre nosotros son solo discordias y reproches. Las tendencias, las opiniones, los sistemas cambian muy rápido, como las fantásticas volutas de un caleidoscopio, y desaparecen del mismo modo, sin dejar huella. Lo que hoy se abandona, mañana es olvidado, y mañana ya estamos dispuestos a escupir en los ojos a quien levante lo que ha sido arrojado, a quien nos repita lo que nosotros mismos afirmábamos apenas ayer. ¿Qué disparates no pueden ser tomados por una verdad indiscutible en las tinieblas de esa confusión tan irremediable, y quién nos señalará el error cuando hayamos dejado casi de entender hasta la lengua con la que nos comunicamos? Hasta hace unos años aún teníamos bandos, tendencias; por tanto, aún había distintos grupos de personas capaces siquiera de entenderse entre sí; ahora hasta eso se ha disuelto; hemos perdido la fe también en ello. Ahora, si todavía hay entre nosotros una orientación en la que unos pocos creen (aunque esos pocos, en su mayor parte, no se hayan decidido aún a seguirla), la única posible es esta: escapar cuanto

antes de esa confusión y salir al mundo, al aire fresco... Sentimos náuseas, nos falta el aire, experimentamos la aguda ausencia de algo y ya adivinamos que ese algo no está tan lejos y no es tan intrincado como creíamos; pero aún nos resulta ofensivo reconocer que ese algo es simplemente *sentido común*.

Traducción de Alejandro Ariel González